



POR  
SLEEP WALKER

LA  
VIDA SECRETA  
DE

*Arabela y  
Albarrn*

**LA VIDA SECRETA  
DE ARABELA Y  
ALBARN**

No conozco a la gente, y son pocas veces al día las que interactúo con ella. Si me mantengo alejado de las relaciones es porque considero que las personas son inevitablemente complicadas. Aunque eso no siempre quiere decir que a uno no le gusten. Al contrario, las personas me fascinan. Sus comportamientos, sus sistemas de reacción, su capacidad de razonar, de desarrollarse, de crecer. Son pura magia.

Lo que ya complica más las cosas es el momento en el que estos abren la boca, fardan, presumen, se expresan como se expresan, y, sobre todo, no escuchan. Se complican demasiado. ¡El silencio! Querido y anhelado silencio. No se sabe apreciar. Ellos no lo saben apreciar. Pero lo que tampoco saben es que es un tesoro. Quizás, no el único, pero a mi parecer el más exorbitante.

Quizás sea una de las razones por las que no congenio demasiado bien con la sociedad. Esta no para de hablar y yo, sinceramente, me canso de escucharla.

Desde que desarrollé mis ideales de vida, a una temprana edad, por cierto, me he ido mantenido seriamente al margen de lo que ocurre a mi alrededor, y he aprendido a observar lo que sucede sin necesidad de interferir en ello.

Aunque en verdad, todo esto sucede gracias a mi extraoficial ansiedad. Remarco extraoficial porque, si soy sincero, esta no está, oficialmente, diagnosticada por un experto. Pero yo sé que la poseo. Puedo sentir por todo mi organismo las palpitaciones de mi corazón, la taquicardia, la insoportable opresión en el pecho seguida de su falta de aire, temblores que hacen vibrar cada uno de mis huesos, sudoración, el dichoso “nudo” en el estómago, y ...la tensión. Ese es el peor de los síntomas. La tensión. El saber que aunque quiera, no voy a poder mover ninguno de los músculos que forman mi alterado cuerpo. Resultado de la presión que es para mí estar alrededor de muchas personas, y aunque no quiera reconocerlo es posiblemente el porqué de mi autoaislamiento.

Por lo demás, mi vida resulta increíblemente sencilla, lo que la hace disfrutable. Me despierto, voy al instituto, “aprendo”, vuelvo a casa, me ducho, hago los deberes, “estudio”, ceno y me voy a la cama. No tiene más.

No tengo muchos amigos. Tampoco es que me pueda quejar de ello, ya que yo lo elegí de esa manera. Me gusta el arte de la soledad. Me gusta pasar tiempo conmigo mismo.

La gente es curiosa por naturaleza. Se preguntan qué me pasa, qué está mal conmigo. Algunos han intentado hasta hablarme en idioma de signos, pero a pesar de todo, los comprendo en su actitud entrometida. Ellos no entienden cómo alguien puede ser tan diferente y estar completamente a gusto con ello.

La única a la que le tengo especial cariño es mi madre, persona que me ha criado sola sin el apoyo de una familia. Eso es ser valiente y lo demás son tonterías. Las circunstancias en las que me tuvo son de película de terror y nadie debería pasar por una situación así. Pero, como uno va aprendiendo a lo

largo de la vida, los individuos son dañinos. Algunos más que otros, y se les da de muerte ser unos caraduras.

No soy un experto en antropología, ni en ninguna de sus ciencias derivadas, y a pesar de no interactuar con las personas, hay una de ellas a la que conozco como la palma de mi mano. Es una chica. En realidad es LA chica. No hay ninguna igual. Dudo que la haya. Dudo que sepa quién soy.

Ella es Arabela.

1

Los lunes no son tan malos. Son exactamente igual al resto de días. Para algunos, esto tendrá un sinnúmero de significados.

Uno de los momentos que menos apetece del día a día es cuando voy en metro al instituto. Allí, todos parecen estar metidos en sus asuntos. La mayoría en su Smartphone jugando al *Candy Crush*, pero la verdad no es que me importe. De hecho, me da exactamente igual lo que hagan, siempre y cuando no me molesten.

En mis cascos suena una música placenteramente ensordecedora dirigida por el bajo de Gary Mounfield, miembro de los Stone Roses. Me sorprende el hecho de que un sonido tan atronador pueda tenerme tan al borde del limbo que por segundos parezca dormirme. Veinte minutos después, allí estoy. Siguiendo el camino que mis pies saben simpatizar inconscientemente. Es lo que conlleva una vida dirigida por la tan citada rutina.

Pero no importa la birria que parezca ser la vida porque siempre estará ella cuando llegue cada uno de mis días a las ocho de la mañana. Siempre con su gran *utility parka* de color caqui que parece sacada de alguna serie de los noventa. Sus converse mandarina y su larga, alborotada y suave mata de pelo. No es que la haya tocado, pero me da la sensación de que lo es. Tiene que serlo.

Todo ella es digno de adoración, aunque nadie parezca darse cuenta. Desde sus pecas, hasta sus inigualables ojos, y lo que estos transmiten. Pueden parecer estar fijos en ti, sin en verdad estar prestándote ninguna clase de atención. Parece estar en otro mundo, uno superior al nuestro y sin duda más interesante. En general toda ella parece serlo, da la sensación de ser intocable, inaccesible. Nadie sería demasiado bueno para ella.

Arabela suele estar sola, como yo, y con algún libro estilo *Milk and honey* como única compañía. Dudo que lleve mochila siquiera. Dudo que tome apuntes. Dudo que haga muchas cosas. Pero ninguna de ellas las sé con certeza, ya que en mi vida he hablado con ella.

Este día parecería ser como todos los demás, pero por consecuencia, si lo fuese, no resultaría ser digno de ser relatado para que el resto del mundo lo

leyese. Por lo tanto, cabezas pensantes, ya habréis deducido que hoy, **algo grande había pasado**.

Desde mi pupitre podía ver cómo todos los demás estudiantes posaban sus juzgadores ojos en mí. Expectantes. Esperaban que Albarn, yo, hiciese lo que mi profesora de literatura me había pedido que redactara y, a su vez, presentara delante de toda el aula. Con mucha fuerza de voluntad conseguí que mis pesadas piernas se moviesen hasta donde se me había indicado estar. Mi cabeza gacha. La palma, empapada por el sudor que empezaba a emanar de mi cuerpo, estaba arruinando la hoja de papel sujeta agresivamente por mis dedos. No podía hacerlo. Todas sus mentes comenzarían a criticar cualquiera de los pasos que decidiera tomar.

“No lo soportarás”- me decía. “Empezarán a reírse. Muy alto, o en sus cabezas. Tan alto que provocarán un ruido insoportable. No lo soportarás”- repetía.

Mi mirada no se enfocaba en lo que estaba delante de mí. Las mesas estaban borrosas, los alumnos estaban borrosos. No era capaz de ver sus ojos, la mirada en ellos; los pensamientos detrás. Quería saber qué pensaban, pero mi mente y organismo tenían otros planes para mí. AHHHHH. Mi cabeza me gritaba. No podía con ella y sus voces manipuladoras. Me costó tres segundos darme cuenta de que lo mejor que podía hacer era huir. Eso era. Como un campeón decidí enfrentarme a mis miedos huyendo de ellos. La única manera de salir de un infierno tal.

Corrí por todo el colegio, no sé por cuánto tiempo y si alguien me había estado siguiendo, pero decidí que era momento de pararme cuando me encontré a mí mismo delante de una puerta que daba entrada a la azotea. Necesitaba aire fresco, y por lo que vi, no era el único.

Lo que me pude encontrar detrás de esa puerta me dejó más mudo de lo que solía estar. Imagínenselo.

Era ella.

Delante de Arabela, con mi uno noventa, parecía un completo gigante. Por naturaleza, yo era bastante corpulento, lo que hacía que ella aparentase ser aún más delicada y frágil.

Asfixiado por la carrera y alterado por mi propio ser, pensé haber causado algún tipo de sentimiento de sobresalto en la chica, pero, en cambio, su mirada simplemente me atravesó como una navaja suiza, y de todas las cosas que pude ver en ella, ni preocupación, ni asombro, ni siquiera una pizca de miedo estaban en la lista. Todo lo que podía ver estaba liderado por la tranquilidad, y con esa misma tranquilidad se sacó un cigarrillo de bolsillo de su parka y encendió el lado equivocado de este. Estaba distraída, en su mundo, mirando las vistas que se podían apreciar desde tal altura. Un fallo poco común pero que, a su vez, me resultó adorablemente único. No pareció darse cuenta de su error, y su cigarrillo permaneció sin encender. Ella lo volvió a guardar con

desdén y algo de frustración. Por mis cuidadosas y detalladas definiciones, podéis comprender que estáis tratando con un observador nato.

-Esperaba que dijese algo... pero me temo que tu tiempo de respuesta se ha agotado. A no ser que quieras utilizar el comodín del público-. Estaba mudo, ¿qué responder a la obsesión de tu vida?

-Supongo que eso es un no en tu idioma-. Sus palabras llegaron a mis oídos como música. Esperé a que me hirieran, pero para mi sorpresa, quedé prendado de su ingeniosidad. Por un momento todo ese anhelo y afán de que las personas no hablasen desaparecieron en el momento en el que ella pronunció tal frase. Su voz era tan dulce, silenciosa, no parecía tener prisa, en realidad, no creo que fuese capaz de describirla. Me observó largo y tendido por unos minutos que parecieron milésimas de segundo.

-Ya sé quién eres y ¿sabes qué? Aunque te sorprenda, eres más conocido por aquí de lo que tú crees. Entre las chicas, incluso, levantas cierta aura de misterio-. Dijo con cachondeo.

-En realidad, puedo hablar perfectamente-. Pausa-. Y te aseguro que no hay cosa menos misteriosa que yo-. ¿Por qué hablar con ella me resultaba más sencillo?

-Me sorprendes-. Ya no me prestaba atención. Había vuelto a desconectar para viajar a su galaxia personal. Yo en cambio seguía en la puerta de entrada, no sabiendo qué hacer y odiándome por ser tan simple. Y, por una vez, quise ser diferente a mi yo cómodo y acostumbrado a las zonas de confort. Quería impresionarla, pero no tenía lo que había que tener.

-No pareces sorprendida, la verdad-. Las palabras se escaparon de mi boca en un susurro que dudé que llegase a sus oídos.

De repente, me mira. Está intentando entrar en mi mente. Quiere saber lo que ocurre en ella. Lo sé por la mirada en sus ojos. Estoy seguro. Me aterra que descubra que en realidad no hay nada enigmático en mi mente.

Aun así ella me sonríe. No me lo creo. Parecía salido de un sueño del cual no estaba seguro poder despertar. Todo es demasiado fácil. Estar cerca de ella resultaba como un estado de anestesia continuo. ¿Era al único al que le pasaba?

-¿Qué haces aquí arriba?-. Me aventuré a preguntar mientras me acercaba a ella disimuladamente. Intenté que mi voz sonase lo más baja y clara posible, pero no se le pueden pedir peras a un olmo, por lo que fallé en el intento. Al contrario que la suya, mi voz era grave y áspera.

-¿Sabes lo curioso que resulta que más de la mitad de las personas que habitan de este mundo no sepan nada de ti?-. Estaba conmigo, pero estaba seguro que la pregunta no iba dirigida a nadie en concreto. Delante de nosotros, podíamos ver los edificios con alturas desmedidas, y si mirabas hacia

abajo, las personas parecían diminutas. Como hormigas. Hacían su vida de manera anónima y veloz.

-Eso es lo que tiene vivir en un mundo con más de 7000 millones de personas. Es casi imposible que todos te conozcan-. Dije intentando sonar lógico, pero al lado de sus palabras utópicas, las mías parecían mierda.

-Lo mejor de todo es que puedes actuar de la manera que tú quieras. Puedes incluso aparentar ser algo que no eres, porque al fin y al cabo ninguno de ellos sabe que mientes. ¿No suena divertido?-. Dijo sentándose sobre el bordillo. Me hablaba como si me conociera de toda la vida-. Sería divertido.

-¿El qué?-. No podía hacer dos cosas a la vez. Tenía que elegir entre quedarme embelesado mirándola o escuchar sus palabras, las cuales acabaron laborando como música de fondo para mí.

Rio como si fuese la persona más graciosa del mundo.

-Me gustas. Eres agudo-. Bajó de su bordillo de un salto como si ya estuviera experimentada en ello-. ¿Confiarías en mí?

-¡Sí!- Dije sin siquiera pensármelo dos veces. Casi demasiado rápido y demasiado alto que hasta ella lució confundida por un momento-. Digo... sí. Siempre y cuando no sea nada peligroso-. Digo entre leves saltos de vergüenza y temor.

-Estás asustado, puedo sentirlo-. Al fin y al cabo, terminó entrando en mi mente. Pero me juego el cuello a que pensó que estoy asustado por las razones equivocadas. "*Tengo miedo de que desaparezcas, de decepcionarte*". Quería decirle.

-No te preocupes. No voy a morderte, aún-. Se acercaba a mí caminando como cualquier persona haría, aunque en mi mente parecía como si anduviera sobre una pasarela exclusivamente dedicada a mí. Por la cara que puse añadió:

-Es broma-. Se acercó a mí más delicadamente, se sacó un boli del interior de su moño descubriendo su mata de pelo (cómo no) y apuntó en mi mano una dirección y una hora-. A las diez te espero.

**Y desapareció como si de una ilusión se tratase.**

## 2

Millones de cuestiones viajan por mi cabeza normalmente, pero en ese momento solo podía pensar en una cosa. Se trataba de mis nervios fluyendo de mi cuerpo, como gotas de agua en Cataratas. Las letras escritas en mi mano, las cuales empezaban a ser apenas visibles por el sudor, solo marcaban dos pautas; un lugar y una hora. Una tarea aparentemente fácil de ejecutar. Pero no señores. Mi cuerpo se encontraba temblando como un maldito flan, y únicamente por mi cambio de rutina en el día de hoy. Mis pasos eran inseguros en el camino. Mis botas *ITURRI* de cuero negro no parecían las mismas ya que el asfalto era distinto en aquellas calles. Todo a mí alrededor parecía peculiarmente... ¿Cómo decirlo? snob o pijo, quizás. Mi cabeza empezó a sospechar. ¿Y si todo era simplemente una broma pesada? ¿Y si no aparecía? De cualquier modo ya me encontraba enfrente de la lujosa fachada que me había sido indicada. No había vuelta atrás

-¡BU!-. Alguien saltó a mi espalda. Alivio, en vez de miedo recorrió mi cuerpo. Era Ella-. ¿Qué escuchas, grandullón?

Me quité los cascos.

-The Clash, *Should I stay or should I go*. Y en realidad me llamo Albarn.

-No me habías dicho tu nombre antes así que era ese o mudo-. Dijo encogiéndose de hombros-. Por cierto yo soy Ara, Ara de Arabela-. Lo sé. Quise decir.

-Bueno. ¿Te gusta el rock- punk de los setenta?-. Me dedicó una sonrisa.

- Rock en general, pero en especial de los setenta, ochenta y noventa. Y por cierto, sí que hablo-. Me mira sin decir una palabra-. Lo digo por lo de mudo y tal...- El volumen de mi voz va disminuyendo a la par que mi frase brota de mi boca.

- Lo sé, lo sé-. Su mano se acerca a la mía y la agarra en un arrebató de energía-. De todas maneras nunca me han gustado los bocazas. Ven, vamos, sígueme-. Echa a correr como si el tiempo se nos estuviera escapando de las manos hasta la entrada de un callejón sin salida perteneciente a lo que he descubierto que es un hotel, "con fachada lujosa".

-Toma-. Me entrega un portatrajes.- Para ti.

-¿Un traje?-. Pregunté asombrado a la vez que confuso por su repentina acción.

-Vaya. Qué grave me resulta tu voz cuando subes sus decibelios-. Frunce el ceño con gracia-. Tienes que ponértelo. Ahora.

-¿Aquí?-. Exclamó de repente de los nervios. Asiente en respuesta-. De ninguna manera. ¡Está loca!- Le digo al aire con frustración.



-Dijiste que confiabas en mí-. Su voz sonada decepcionada mientras sus labios hacían pucheritos a la vez. Me permití unos segundos para mirarla, y otro para mirar al portatrajes que sujetaba mi mano.

¿Lo dices en serio?-. Arabela asiente con la cabeza como si hubiese colado en el cuerpo de una niña inocente. Pero sé, con cierta certeza que ella es más que tortuosa. Pero, es mi única debilidad-. Está bien, pero ponte delante de mí. Evita que la gente me vea.

Me quito la camiseta entre rabietas de arrepentimiento. Mi mochila y demás cosas ya se encontraban en el suelo, expectantes por el espectáculo que estaba a punto de darles a ellos y al resto de personas que pasasen por la calle. Sin camiseta, le arranqué de la mano la camisa blanca que sujetaba y así, poder ponérmela lo antes posible.

-Vaya te los tenías bien guardados granuja-. Señala mi abdomen, riendo con cachondeo. Me considero un adicto a su sonrisa. Aun así finjo enfado.

-Para. Pásame el pantalón-. No puedo evitar esbozar una sonrisa cuando agacho la cabeza, una vez me había asegurado que ella no miraba.

-¡Bonitas piernas cielo!-. Gritaron un grupo de tíos que pasaban en ese momento por el lugar de los hechos. Quería que la tierra me tragase, que sus raíces me agarrasen y me engullesen de golpe. Mi vergüenza se manifestó en el rojo de mi cara.

-No les hagas caso, AL, solo están celosos. Corres o algo, ¿verdad?-. La miré sin poder creerlo. ¿De verdad me estaba preguntando por las piernas ahora? Y sí, sí corría. Me ayudaba a escapar. Clásico, ¿no?

-Venga, ya está. ¿Nos vamos?-. Pregunté impaciente e irritado.

-No te enfades grandullón. Esto te va a gustar-. Nos adentramos en el callejón hasta encontrar una puerta sucia por la mugre que había en los alrededores, y de olor repugnante por la humedad acumulada. Arabela alzó la mano para dar tres pequeños golpecitos en la puerta para luego sacudirla en el aire asqueada. La puerta se abrió descubriendo a un hombre gordo y con cara de pocos amigos, con manchas de grasa por toda su vestimenta.

-¡Hey Arita!-. La abrazó efusivamente. Temí por su vida y capacidad respiratoria.- No te esperaba hoy-. Su boca se transformó en una sonrisa, sin algún que otro diente, adornada por un mal cuidado bigote, decolorado por la edad.

-Para Animal, me vas a manchar la ropa, bruto-. Dijo sacudiéndose entera cómicamente.

-¿Y quién es el larguirucho este?-. Me miró con el ceño fruncido y de manera amenazante.

-Vaya, para mí no hay sonrisa-. Dije en un tono apenas audible, pero por la sonrisita discreta de Ara pude comprobar que para mi suerte solo lo había escuchado ella.

- Es un amigo, Animal-. Dijo cansada de la conversación-. Bueno nos colamos. ¿No te importa verdad?-. Aunque le importase me da la sensación de que ella iba a entrar igualmente. Espera... ¿Colarse? NO, NO, NO

-Ara espera no creo que sea...- Me arrastró con ella hasta el interior del establecimiento.

-Shhh, ahora más te vale comportarte como un verdadero *gentleman*-. Miro alrededor y me encuentro con cientos de personas bailando al compás de música clásica. Todos con sus ropas y pintas de estirados. De repente me asusto. ¿Qué he hecho? Me he colado en una maldita gala. Mi corazón deja de drenar sangre y sé que palidezco.

-Hey hey, tranquilo. Lo hemos conseguido, ya estamos dentro ¿Vale?- Se ha quitado el abrigo y luce...1 2 3 respira. Preciosa-. Ven vamos a bailar-. A pesar de no poder respirar por uno, la vestimenta de Arabela, y dos, la presión de ser un intruso en un sitio, que para colmo está repleto de gente y guardias de seguridad, cuando sus manos agarran las mías y las coloca alrededor de su cintura este lugar parece mejor que ningún otro. Las suyas van alrededor de lo que empieza a ser mi sudoroso cuello. Por los nervios, claro. Podría estar disfrutando de la placentera voz de Michael Buble, pero mi no diagnosticada ansiedad social no está dispuesta a darme un respiro ni por una mísera noche. En mi mente tengo la sensación de tener cada par de ojos que habitan en esta sala puestos, únicamente, en mí. Saben lo que he hecho. Me juzgarán. Pensarán que no soy digno de estar aquí, ni tampoco de estar acompañado por semejante chica. Mis ojos viajan de un lugar a otro tan rápido que no soy capaz de ver nada.

-Al, Al. Quieto. Mírame-. Me agarra la cara suavemente, obligándome a mirarla a los ojos-. Respira, estoy aquí ¿vale? No va a pasar nada-. NO, NO, NO, ¡NO! Claro que va a pasar. No puedo ni controlar mi propio maldito cuerpo, y si no puedo hacer una tarea tan simple como esa, ¿cómo se supone que voy a hacer otro tipo de cosas en la vida? ¿Y en un futuro? Ojos y ojos mirándome. Sudores fríos recorren mi cuerpo mientras ellos me dicen que no sirvo para nada, que no soy nada. Que en este miserable mundo no apporto nada. Mis pies se mueven con intención de intentar bailar y de alguna manera olvidar, pero en cambio lo que hacen es salir corriendo. Como siempre. Me escondo en el armario de los abrigos, el cual, para mi sorpresa, tiene un tamaño equivalente al de mi habitación. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala...

-Hey, estás aquí-. Su sonrisa dulce no me consuela lo más mínimo, al revés, me deprime porque sé que la he decepcionado, he arruinado su noche.

-Yo..., es que...- Trato de explicar mi comportamiento pero las palabras, como en la mayoría de ocasiones, no salen de mi boca y se quedan almacenadas en el cajón de las palabras que he querido decir pero nunca he dicho.

-Déjalo Albarn. No tienes que justificarte o contarme tus problemas-. Se sienta a mi lado y no parece importarle mucho el hecho de que su vestido acabe arruinado-. En realidad no debes contarle tus problemas a nadie, porque sinceramente a nadie le importan. Cada uno tiene sus propios contratiempos. Por mucho que lo parezca en verdad no te están haciendo una mierda de caso.

Refí. Y lo hice porque ella es en parte la causa de mi enfermedad, pero de alguna manera, también es la cura.

-Yo... solo lo siento. No quería estropear tu baile-. Me agarro mi oscuro y liso pelo con frustración-. Pensarás que soy un mierda.

Mis ojos se clavan en los suyos y por un momento pienso en apartarlos, pero gracias al cielo los aguanto, ya que segundos después se acerca a mí como si de una ráfaga se tratase y me besa. Es solo por unos segundos, y de manera delicada tal como una caricia. A penas lo vi venir, y a penas lo vi marcharse. Mi expresión del momento es una mezcla de shock y embobamiento. Así que, ¿es esto lo que se siente?

-No me digas que tú nunca has...- Niego con la cabeza agachada para que no pueda seguir viéndome. Esboza una sonrisa- ¿Cómo un chico con esos ojos, ese pelo y esa carita de David no ha besado a una chica antes?- ¿Acaso se está burlando?

-Bueno, no he tenido la necesidad-. Mi voz vuelve a mi tono normal, o sea al modo ultrasonido.

-Eres raro Albarn. No he conocido en mi vida a un chico que pasase la mayor parte del tiempo callado escuchando grupos de música muertos, que además no sea un completo imbécil, tímido y con "sentimientos"- . Lo último lo dice riendo. Supongo que no lo dice en serio.

-Simplemente no estoy hecho para todo el mundo. Y las personas en general no están hechas para mí. Me agobian-. Arabela permanece pensativa. Largo y tendido, hasta que al final se decanta por decir:

-¿Yo te agobio?

-Sí, lo haces-. Me mira con una sonrisa, pero en ella hay una chispa de desilusión-. Pero de alguna manera, no me preguntes cómo, me gusta que me agobies.

-Vaya. Es la frase más larga que te he oído decir hasta ahora-. Para mi sorpresa, mi risa se une a la suya, y a partir de ahora, esa es mi nueva canción favorita.

### 3

Y como todas las cosas buenas en este mundo, los días siguientes pasaron tan rápido que apenas tuve tiempo de asimilarlos. La verdad es que la vida resulta muy extremista en determinados momentos. O lo pasabas muy bien o muy mal. No parecía haber un término medio para ella. Ese fue mi caso, me movía de un lado a otro en el agujero negro en el cual me encontraba encerrado. Algunos de esos límites a veces no resultan tan solitarios, ya que es donde me encontraba con Arabela. Ella también está encerrada en el mismo agujero que yo. Allí todo era negro y no parece haber alma viva. Ese es nuestro mundo. Mundo en el cual Arabela y yo nos encontramos solos. Por muy tétrico, pero a la vez, bonito que suene, dentro de mí sé, que Arabela no pertenece a este mundo. Sé que en un momento u otro acabará abandonándome.

Mientras que ese día llegaba, Arabela me enseñaba a disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Como el yogur helado. A Arabela le flipaba el yogur helado. Dice que si pudiese elegir solo una cosa en este mundo sería el helado, el yogur helado. Si yo tuviese que elegir, sería ella.

Y en cuanto a las múltiples vidas que llevaba Ara, se puede decir que me fui acostumbrando. Una vez nos hicimos pasar por elitistas en el baile del hotel todo pareció más sencillo. Desde cojos en pasos de cebras, hasta suicidas en azoteas de edificios que ni siquiera conocíamos, en los cuales, obviamente, nos habíamos, ¿cómo no?, colado. Pero sin duda mi falsa vida favorita, fue cuando nos hicimos pasar por una pareja en el autobús.

-¡No lo puedo creer James!-. Me gritaba Arabela llamando la atención del resto de personas en el autobús. Lo que me hizo pensar que era bastante entrometido por su parte-. ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Es que no lo entiendes? Llevábamos cinco años juntos.

-Lo siento-. Intenté calmarla muerto de vergüenza, mientras hacía todo lo posible por no partirme de risa. La mano de Arabela me cruzó la cara sin previo aviso dejándome en un estado de conmoción.

-¡Tenemos una familia James!, y has decidido tirar nuestra vida y la de nuestros hijos por la borda por una tía que apenas conoces-. Se levanta de su asiento para poder mover los brazos y así exagerar su actuación. A nuestro alrededor la gente mira con un disimulo cada vez menos disimulado. Y los susurros empiezan a llegar a mis oídos poniéndome un poco nervioso. Pero como *Queen* siempre dice: "El show debe continuar".

-Violet, nuestra vida se estaba volviendo monótona, estaba confundido y me deje llevar. Solo soy un hombre, y cometo errores como todo el mundo-. Me levanté con mirada y voz amenazadora.

-¿Me estás culpando de lo aburrida que es nuestra vida? ¿Cómo te atreves?-. Dijo delirando. Sus puños me golpeaban suavemente en el pecho como si estuviera en medio de una pataleta. Sus manos me empujaban a su vez hacia la puerta de salida del autobús. Lo que me indicaba que ella ya estaba lista para finalizar nuestra obra maestra.

Una vez fuera del bus esperamos quietos unos segundos. Entretanto pude ver como la mayoría de pasajeros miraban por la ventana curiosos. Reí para mis adentros.

-¿Estás bien?-. Dice tocándome preocupada la mejilla- ¿Sabes que no pretendía darte tan fuerte verdad?

-Sí, claro, no es nada-. Murmuré con la cabeza gacha-. Lo de ahí arriba fue divertido sabes.

-Si ¿verdad?

Reímos sin decir nada más. Allí de pie, sin más. Era una locura estar con ella.

En cuanto al instituto. Seguía siendo invisible, invisible pero con ella. Allí todo parecía diferente en comparación con el mundo real. Arabela y yo caminábamos por los pasillos juntos, pasábamos los descansos juntos y comíamos juntos, pero aun así, no hablábamos. Solo disfrutábamos de la compañía del otro. Es genial, encontrar a alguien con el cual no tengas la continua necesidad de hablar todo el rato. Incluso las cosas que más incomodan, como es el silencio, resultaban agradables. No me decía ninguna palabra, pero entendía perfectamente lo que quería decir en cada momento.

Y como llegué a predecir en su momento, el día llegó. Arabela me explicó que no pertenecía a este lugar. Que todo aquí le resultaba desconocido, aun habiéndolo vivido desde siempre. Necesitaba huir, escapar. Y lo más sorprendente de todo es que quería que yo fuese con ella. Una parte de mí, la inconformista y soñadora, me decía que Arabela estaba fabricada para volar, y que yo debía volar con ella. Pero la otra, no me dejaba hacerlo. Yo no era un pequeño colibrí como lo era ella, yo era un avestruz, una gallina, un ave creado de tal forma que no se le permite volar por más que quiera. Tenía demasiado miedo de irme, de alejarme de lo único que conocía.

Tenía que dejarla. Y si las cosas estaban destinadas a ser, serían. Si de verdad había quedado prendado por ella, sería. Aunque muchas veces da la casualidad de que no es amor. A veces, caes por la magia del momento y piensas estar enamorado de la chica.

Aun así, no quería que me dejase, la odiaba tanto por ello, era la persona a la que más odiaba en ese momento. Pero a su vez, era también la persona a la que más quería sin lugar a dudas. Me frustraba haberla tenido, y que ahora se me estuviese escapando entre los dedos.

Arabela era complicada. Una amante de la locura. Arabela era demasiado para mí. Y ella y yo lo sabíamos.

-¿Estás seguro?-. Me preguntaba Ara por segunda vez en lo que llevábamos de camino. Yo asentí silenciosamente con la cabeza. Era mejor no decir nada cuando no tenías nada bueno que decir.- Por favor Albarn, no me mires así.

-¿Seguro que te tienes que ir?-. Arabela para de arrastrar su abundante maleta de color morado chillón para mirarme con tristeza. Por una vez parecía no saber qué decir. Se echó el pelo para atrás con sus pequeñas y finas manos.

-AL, yo..., yo no puedo quedarme aquí. Tengo miedo de este lugar. Tengo miedo de acabar viviendo una vida que no valga la pena. Quiero vivir una vida que sea digna de ser escrita, ¿sabes? Quiero que la gente haga de mi vida un *BEST SELLER*. Quiero ser modelo, o quizás escritora, artista, ¿o quién sabe? ¡Todas! Y aquí nada de eso puede cumplirse-. Dijo con los ojos iluminados por la luz de sus sueños.

-Está bien.

-¿Está bien?-. Interroga sonriente. Me da una ligera patada en la pierna, como si estuviese compartiendo una broma secreta conmigo.

-Parece que no te tomas la vida en serio-. La miro preocupado. ¿Qué va a ser de ella sin estudios, dinero, casa, conocidos...?

-No te puedes tomar la vida en serio. No te puedes tomar en serio algo que no hace más que reírse en tu cara-. No sé cuánto tiempo pasa, pero os

aseguro que mucho. Y en todo ese tiempo mis globos oculares no enfocan otra cosa que no sean sus verdes globos oculares-. Todavía puedes venirte conmigo. Podrías convertirte en el nuevo John Paul Jones, y tocar en bares. Con ese rollo *grunge* que tienes gustarías mucho a la gente.

-No puedo. Mi madre, el instituto, y bueno, sencillamente no puedo-. Explico muy bajito, entre dientes, como intentando mantener mis palabras en la boca. Para mí mismo.

-No importa-. Y sin darme cuenta, me está rodeando el torso con sus delicados brazos en un efusivo abrazo. La aprieto contra mí con más fuerza. No quiero soltarla. Nunca-. ¿Todo bien no?  
Asiento.

*Querida Arabela:*

*Ha sido un largo año desde que te fuiste. Volví al colegio después del verano. También terminé graduándome con una sorprendente media. Tan sorprendente que acabaron concediéndome una beca para asistir a una de las universidades nacionales.*

*Podría tener una gran vida, ¿sabes? Una carrera, a continuación un trabajo, luego una casa con familia, y por último un funeral decente con alguna de las canciones lentas de BLUR como banda sonora. Estoy muy cerca de tener todo lo que uno sueña conseguir desde pequeño.*

*Pero... ¿a quién intento engañar? ¡Oh, Arabela! Todo ha sido un completo desastre, excepto las notas. Pero estoy muy lejos de sentirme completo. La vida sin ti como acompañante, amiga, consejera, etc. No es, simplemente, lo mismo.*

*Después de esta declaración. Traigo buenas noticias, o para mí lo son. No sé exactamente dónde vives, dónde te hospedas, ni ninguna otra clase de pista que me indique por dónde debo empezar a buscar. Pero voy a buscarte. Por una vez en mi vida voy a salir de mi zona de confort, sin tu ayuda, y voy a buscarte.*

*PD: Espero saber de ti, si por casualidad esta carta llega a ti. Espero que me eches de menos, siempre me he imaginado a mí mismo como una persona a la que echarías de menos. Supongo que ya habrás deducido que yo sí lo hago.*